

I

De este Salón de Octubre, décimo de la serie, nos proponemos estudiar primeramente, y como parte primordial de nuestra crónica las tres incógnitas aludidas que son: la situación del público en el 48 y en el 57 con respecto a la apreciación del arte de nuestros días; la pintura de Tapiés —podríamos decir la de Tábara, Millares, Saura, Feito, Rivera, Suárez, todos ellos, menos, Tábara artistas de «El Paso» (grupo de vanguardia de nuestra pintura actual) —escogemos a Tapiés por considerarle uno de los más idóneos, y uno de los artistas jóvenes más interesantes del momento; y por último este dilema insoluble entre lo figurativo y lo no figurativo, en el cual a la fuerza debe esconderse el secreto que persigue descubrir Eliot en la poesía, esto es, lo que cambia de un arte —generalicemos, y lo que pervive y está latente en todas las épocas y en todas las conyunturas del espíritu.

El Salón de Octubre celebró su primera exposición en el año 1.948 en Galerías Layetana. Desde entonces mucho ha andado el arte en nuestra patria. Hasta aquel año se había negado el aliento a las jóvenes generaciones, que veían baldíos sus esfuerzos de pujanza en las almiaradas e inconsecuentes muestras de pintura con las que éramos asediados, fomentando un gusto retrógrado, fuera de toda fibra sensible a los problemas de nuestro tiempo y de nuestra época.

El Salón fué un rayo de luz. No todo era aceptable en aquella exposición; había mucho alocamiento, y quizá más ganas de dar que hablar que del verdadero motivo de su fundación: marcar un hito en la pintura actual, y sacar de su letargo a aquellos que contemplaban impotentes como el público se iba saturando de una verdad engañosa y falsa y carente de toda consecuencia. A pesar de todo ello, el principio fundamental ha seguido adelante, y el Salón, de una forma lenta, pero, segura, justifica en esta décima edición los motivos por los que fué creado, poniendo en evidencia a aquellos que en el momento de su aparición le prometían una vida efímera.

Continuando con nuestras consideraciones respecto a la primera de las incógnitas: la situación del público valorando el arte de nuestros días, vemos como también en la corriente apreciativa, éste ha dado un salto considerable. Nuestro arte, el exponente actual de inquietud de las nuevas generaciones, ya no es recibido con indiferencia y con aquella risa malsana, que salía ya helada de unos corazones, rectores de una sensibilidad asesinada para las luces de nuestro tiempo. Nos hemos dado cuenta de que algo hay de verdad en esta pintura y en esta escultura. Nos hemos dado cuenta de que en la misma no hay incapacidad para expresarse en conceptos manidos de belleza —geniales en su tiempo pero que actualmente no nos definen nada—. Nos hemos dado cuenta que los momentos históricos llevan aparejadas nuevas posturas, nuevos credos, y que en lo relativo a las experiencias humanas hay algo esencial, cual es la representación emotiva de nuestra proyección en el tiempo. Nos hemos dado cuenta de que quienes esculpen y pintan de esta forma, a pesar de que muchos se engañan a sí mismos, e intentan engañarnos, sienten una necesidad masiva de expresión que alcance nuestro problema de transición hacia unos logros definitivos. En fin, nos hemos dado cuenta que en este medio siglo hay unos problemas que solo se vislumbraban en el primer cuarto del mismo. Esta incógnita primera tiene solución. Los valores expresivos deben hacerse asimilables a este público inquieto que iba desorientado entre exposiciones sin función vitalica posible. En este aspecto el salón de Octubre cumple una admirable labor educativa.

La segunda incógnita es Tapiés. Podría ser también

Furriols o Tábara — ambos concurren al certámen —; pero escogemos a Tapiés por las razones aducidas más arriba. Estas tres pintores, junto con los citados del grupo «El Paso», son lo más avanzado en materia creativa entre nosotros. Su concepto es extrapictórico, y hacia la dilucidación del mismo se dirige la segunda incógnita.

Tapiés ha borrado de la faz de sus telas todo concepto de croma, todo concepto gratuito de forma; todo concepto ambiguo de limitación creativa. Sus obras, son de una extensión ilimitada, pueden abarcar el universo entero, y pueden ser trasfondo de un alma cegada. Pueden ser un infinito justificativo de la nada, y un hecho finito de incapacidad. Pueden ser un conglomerado de belleza en potencia, y pueden ser una aberración artística y formal. Pueden ser grandeza, y pueden ser incapacidad intelectual. Todos estos conceptos tienen vigor, tanto por el propio artista como para aquel que contempla sus creaciones, con la duda de estar viendo algo en que el arte y más concretamente la pintura tengan algo que ver. Esta incógnita no tiene solución. Se deja en suspenso, se medita su alcance, y se hace un cálculo de posibilidades reales como creación en sí misma — nos resistimos a llamar a esto pintura—. Tapiés está frente a algo que debe revolucionar el concepto de arte. Arte es inquietud, representación orgánica o inorgánica de hechos justificativos de tiempos y de vivencias. Esto es lo eterno. A la consecución de valores representativos de nuestro tiempo, y de su proyección futura van las manifestaciones de estos artistas. Ahora bien, y ahí está la incógnita, ¿tiene conciencia Tapiés de que está frente a algo que debe revolucionar el concepto de arte? ¿Sabrá superar este su período de negaciones estéticas, para cimentar la estética del futuro? Estos interrogantes son algo más que una incógnita. Dirigimos nuestros ojos al futuro y la alucinación del mismo nos ciega. El futuro no existe. El presente es una constante indeterminada. En ella van alimentándose los hechos que se suceden en cadena, y a ella concurren las innovaciones, alcanzando así en forma lógica, carta de naturaleza. Somos muy exigentes para el futuro del arte. Renovación total partiendo de la nada. Ahí está Tapiés y otros como él. ¿Habrán gastado todos sus cartuchos en esta quema sacra? ¿Les quedarán fuerzas para lanzarse a un futuro que nos alucina y nos ciega?

La tercera incógnita: esta pugna entre lo figurativo y lo abstracto, — no figurativo, si se quiere —, esencialmente, no existe. Es cuestión de belleza, de principio o de aprehensión concreta o inconcreta de líneas. Es un enigma que está sólo sobre el papel, pero que ahondando en esta cuestión representativa deja de serlo, para convertirse en un principio elemental de preferencia. No somos furibundos del arte abstracto ni del figurativo. La obra de arte es algo más que unas formas concretas o inconcretas. La obra de arte, bajo su estructuración de equilibrios más o menos compensados, esconde un problema, en el cual la intimidad de una época se manifiesta en la apetencia de una generación o generaciones.

La obra de arte la representaríamos como un líquido embrozado, que al pasarlo por un tamiz deja en la parte de arriba lo cambiante de la manifestación artística en todas las épocas, mientras que, a través de aquél el líquido desbrozado se pierde en su claridad meridiana. Este líquido que se integra con todo el mundo telúrico es la constante incontrovertible de toda manifestación artística. Quizá en esto está lo que busca Eliot en poesía. Pero la misma imposibilidad de aprehenderlo, hace descorazonadora la búsqueda; imposibilidad de ceñir el concepto en un hecho real y tangible.

J. BOSCHC.